

La Luz del Porvenir

Gracia 22 de

Diciembre de 1892.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION
En Lérida, Cármen 26, 3 En
Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante,
S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—El gran problema.—A los ateos.—A una mujer.

EL GRAN PROBLEMA.

“En el mundo, lo más difícil, lo que presenta obstáculos más insuperables, lo que llega á ser poco menos que imposible, es que uno se pueda consolar cuando es presa de calamidades y contrariedades sin cuento.”

Esto me decía una tarde mi buena amiga Clara Ledesma, mujer que nació con *mala estrella* (como se dice vulgarmente), puesto que su madre murió al darla á luz, y su padre, no sabiendo qué hacer con aquella chiquilla, se casó con la primera desesperada que encontró en su camino. Lo que Clara sufrió en su niñez y mientras estuvo bajo la tutela de su madrastra no es para contarlo, pues ésta hizo todo cuanto supo por martirizarla, uniéndose á su mala intención una serie de circunstancias todas desfavorables para la pobre niña, siendo la principal la fecundidad prodigiosa de la mujer de su padre, que daba á luz muchachos á pares. Clara fué la niñera y el ama seca de todos ellos y el blanco de todas sus diabluras y malignidades, dado que se trataba de una caterva de chiquillos capaces de acabar la paciencia al mismo Job. Harta de sufrir por todos estilos, en cuanto se le presentó un pobre diablo, poeta de profesión, con más hambre que un empleado cesante y que un maestro de escuela, se casó con él, poniendo en práctica el amoroso adagio “Contigo pan y cebolla.” Tantas fueron las penalidades del enamorado matrimonio y tantísimos los días que ayunaron, que el marido no pudo resistir, y una tisis galopante hizo la caridad de concluir con su existencia. La infeliz Clara quedó viuda con dos chiquillos y en estado interesante.

Su desconsuelo no tuvo límites, porque, como algo había de sonreírle en su vida, su marido la había querido con delirio, con verdadera idolatría. En medio de su espantosa miseria, cuando ella llegaba á su casa, después de trabajar todo el día en su taller de modista, encontraba los brazos de su esposo, de su enamoradísimo esposo, á la vez que oía de sus labios las frases más apasionadas y las palabras más consoladoras, anunciándole días de reposo y de próxima abundancia, en cuanto le pusieran en escena su *último drama*.

Dijo Jesús que no solo de pan se mantiene el hombre; y Clara tenía media vida asegurada con el entrañable cariño de su marido: así fué que al perderle, sinó puso fin á sus días, debióse á sus hijos, que, los pobrecitos, vivo retrato de su padre,

en lo físico y en lo moral, se agarraban á su falda y á las puntas de su mantón y no la dejaban ni á sol ni á sombra. ¡Pobres criaturas!

La desdichada Clara fué viviendo de milagro: no quedó asociación religiosa que no le diera limosna alguna semana, ni confesor ni predicador que no la recomendara á sus devotas; y entre unos y otros fué viviendo y vive todavía, siempre recordando á su marido, oyendo misas por su alma y llevando á sus hijos al Campo Santo para que se arrodillen sobre la fosa común, donde sabe que arrojaron los restos del difunto, y allí recen por el eterno descanso de su padre.

En medio de sus desdichas, que no son pocas, de su viudez, de su miseria, sus enfermedades, pues su chiribitil parece un hospital en miniatura, y cuando no tiene á dos de sus hijos enfermos, lo está ella, Clara tiene la suerte, la única, de ser muy simpática á todos cuantos la conocen, lo mismo á tirios que á troyanos. De una honradez ejemplar, nadie ha podido encontrar en ella el más leve defecto respecto á su probidad. Ya le pueden entregar oro molido, que si ella nota que se cae al suelo una partícula del polvo aurífero, busca, mira, se desvive hasta encontrar el punto luminoso que al fin su noble voluntad acaba por descubrir; y á donde quiera que va se la recibe con cariño, y nunca falta una mano compasiva que deje en la suya el óbolo de la caridad. Mas, como dijo muy bien Fernán Caballero, el pan de la limosna alimenta, pero no nutre, y Clara está cansadísima de vivir.—Estudia el Espiritismo,—le dije,—y hallarás consuelos que no conoces, y descubrirás las leyes del infortunio y de la dicha, y podrás prepararte para más dichosas existencias.

—¡Para nuevas existencias!...—replicó Clara con amaga ironía.—Pues, si la que tengo me pesa más que la cruz que le cargaron á Jesús, ¿he de estudiar para enterarme de si me tocará volver? Cualquiera día me meto yo en esas curiosidades. Si no fuera por mis hijos, me hubiera dejado morir sobre la tierra que cubre los restos de mi inolvidable esposo! Harto tengo que hacer con mi desgracia, mi aislamiento, mi falta de salud y mi sobra de escaseces: por donde quiera que miro no veo otra mujer tan desgraciada como yo.

—Estás en un error,—le dije,—hay otras muchas más desgraciadas que tú, muchísimo más.

—¡Imposible! imposible de todo punto. Tú no sabes lo que sufro, porque no has tenido la inmensa dicha de encontrar un hombre que te amara como mi marido me amó desde que nos conocimos. Es verdad que estábamos muy pobres; es cierto que cuando él vivía yo no encontraba la protección que tengo ahora; pero al llegar á mi casa y encontrarle meciendo la cuna de nuestros hijos al mismo tiempo que escribiendo sus dramas ó copiando hojas de una notaría; al encontrar en sus brazos un calor que no se parece á ningún otro, olvidaba todas mis penas y me sentía dichosa. Tal vez ahora no me quede un día sin comer; pero... ¡estoy tan sola! mis hijos me quieren muchísimo, es indudable, sus caricias me ayudan á vivir, mas el vacío que dejó aquella muerte en mi alma, ellos no lo pueden llenar. Luego ¡es tan triste vivir de limosna!... Tú bien lo sabes, no es que yo no quiera trabajar; pero de las cuatro partes del año estoy enferma tres, y la otra cuarta parte lo están mis pobres hijos, así es, que vivo incomodando á todo el mundo, expuesta á la crítica de los unos y á la burla compasiva de los otros. ¿Y aún tienes valor para asegurar que hay otras mujeres más desgraciadas que yo?

—Y te lo repetiré cien y cien veces; las hay.

—¿Dónde están? quisiera verlas.

—No te apures por eso; las verás esta misma noche.

sus inícuas acciones, pero el ser que desea elevarse ¡cuántas espinas encuentra ante su paso! Los malos le asedian por todas partes para hacerle su víctima, el ignorante le escarnece, el ateo le dice:

—Espera, espera á ser feliz cuando te mueras. ¿En donde encontrar pues, una felicidad que tenga relación con sus sentimientos? Si la busca en medio de una muchedumbre que se entrega con vértigo al goce sin escuchar el gemido del desgraciado, siente frio en el alma. Si ejerce buenas acciones para sentir el suave aroma de la gratitud, sufre mucho si ve fallados sus deseos. Si busca ser feliz en medio de sus amores, á menudo encuentra una soledad amarga, creada por sus mismas ideas que le divorcian moralmente hasta de los seres más queridos. Estrañan los materialistas que una parte de la humanidad busque con afan las huellas del alma; y tan solo por este camino pueden encontrar el antídoto á sus males los seres que luchan sin cesar contra las injusticias, porque la esperanza de ver realizadas sus nobles aspiraciones, les fortalece dándoles valor para soportar las ingraticudes de los unos, la indiferencia de los otros, las pesadas contrariedades que les rodean, y sacudiendo el tedio que se apodera del espíritu al entregarse á dolorosas reflexiones, se ocupan en trabajos útiles que adormeciendo sus pesares hacen más tranquila su existencia.

A los ateos me dirijo diciéndoles:

Dejad en paz al creyente, si pensais que sueña, dejadle soñar. Si veis á la tierna niña que separada por la muerte del regazo materno con llorosos ojos ruega por el alma de su madre, no le digais nunca: estériles son tus oraciones porque se pierden en el vacío de la nada. Dejad que un creyente le consuele diciéndole: Seca tu llanto, porque tu madre aun que invisible sea á tus ojos, está á tu lado, une sus lágrimas á las tuyas porque le apena tu desconsuelo; y vereis qué pronto la huérfana del mayor de los amores, troca su llanto en dulce sonrisa para que su madre no llore. Si una madre se desespera ante el cadaver de su hijo no le digais tampoco: este ser hijo de tu vida, que hasta en las convulsiones de la agonía invocaba tu nombre, pronto la tumba le convertirá en un monton de inmundicia y borrado quedará para siempre el inmenso amor que le prodigabas. Dejad, dejad también, que le hablen de Dios, de la vida eterna, y será más corto su dolor. Dejad que los creyentes durante la calma se preparen contra la tempestad.

Si estais ligados á uno de estos seres, respetad sus ideas, no intentéis arrancar de su corazón la única esperanza que le queda, dejadle nutrir con el pan del alma, y vosotros sereis los primeros en saborear el fruto de una moral que edificada sobre los cimientos de una creencia, es sólida y duradera, porque los seres que así piensan, archivan en su alma todos los dolores y nunca sacrifican á los seres que les rodean.

ANTONIA PAGÉS

A UNA MUJER.

I.

No te puedo olvidar; te ví una tarde
en un cesto de flores reclinada;

y todos al mirarte repetían:

—Es sin duda un modelo de elegancia.—

Un traje hortensia de tu esbelto talle
su forma sin rival delineaba;
de flores adornados tus cabellos
y velando tu rostro nívea gasa,
echada sobre flores; muellemente
y sin objeto fijo tus miradas,
te dejabas llevar por tus caballos
tomando parte activa en la batalla
de flores; disputando de los premios
la adquisición sin duda; por tus gracias,
por el adorno de tu linda cesta
llena de flores, de aromosas plantas
colocadas con arte inimitable,
y tú en medio de artísticas guirnaldas.
¡Qué cuadro tan precioso!... no lo olvido;
pero al pensar en él, profunda lástima
me inspiras, infeliz; por que entre flores
el cieno de tu oprobio, de tu infamia,
arrojaba su *limo*; ¡ibas tan sola! ...
los hombres con malicia te miraban,
las mujeres al verte sonreían.

—“Es sin duda un modelo de elegancia,”—

las más decían; “caprichos del destino,
„es una encantadora *extraviada*;
„orgullosa á su modo, pues no quiere
„unirse á las mujeres degradadas,
„y sola se presenta en todas partes
„causando siempre admiración y lástima.
„Admiración por su elegante talle,
„por el buen gusto de sus ricas galas,
„por la hermosura de su lindo rostro,
„por el perfume que su ser exhala.
„Más ¡ay! que al mismo tiempo, flor marchita
„por el viento del vicio deshojada,
„se presenta al filósofo, que dice
„con profunda amargura al contemplarla:
„Eres de barro frágil vaso roto,
„eres un cuerpo que le falta el alma,
„ese soplo divino, esa pureza,
„ese perfume que el amor exhala,
„que la mujer encierra en su corola
„cuando es modesta, pudorosa y casta.

II.

¡Pobre mujer! ¡tan bella!... ¡tan esbelta!
tu lindo talle cual flexible palma!
tan distinguido tu ademan y eres

—¿Esta misma noche?...

—Sí; saldrás conmigo, y te convencerás de que en la escala del dolor, lo mismo que en la del placer, nunca se llega al último peldaño; siempre hay gradas que subir ó que bajar, ya que á la felicidad la han puesto en la cumbre y á la desventura en el fondo del abismo.

Y efectivamente, aquella noche salimos Clara y yo, y despues de recorrer algunas calles, llegamos á la Plaza del Buensuceso. Allí le dije:

—Ahora vamos á pasar por la calle de Ramelleras, donde hay algunas casas que albergan á varias mujeres más desgraciadas que tú.

—¿Y entraremos en esas casas?—preguntó Clara con febril ansiedad.

—No es necesario; en la puerta de esos tugurios encontrarás á algunas de ellas, cuya sola vista te causará inmensa compasión.

Entramos en dicha calle y á los pocos pasos encontramos una casucha en cuyo portal estrecho y obscuro se destacaban dos mujeres vestidas de blanco, reclinadas en el quicio de la puerta. A corta distancia me detuve diciendo á Clara:

—Fíjate bien en esas dos infelices, que pasarán largas horas de la noche en acecho de los transeuntes. Perdida en ellas la noción del pudor, que es el aroma de la mujer, manchan sus labios con las frases más soeces y repugnantes: sus ademanes desenvueltos revelan el olvido de todos los miramientos sociales: convertidas en *cosas*, venden su cuerpo al mejor postor; para ellas no existe la santidad del matrimonio, ni el sacerdocio de la maternidad: si por acaso algun espíritu les pide albergue en su seno, tienen que desprenderse de su hijo en el momento que oyen su primer vagido. La meretriz es una esclava, y su esclavitud es peor mil veces que la que sufre la raza negra: las mujeres de color, aun cuando sea por egoismo de sus dueños, pueden amamantar á sus hijos y recibir sus primeras sonrisas escuchando á la vez sus primeras palabras; mas la esclava blanca ó ha de convertirse en asesino del hijo de sus entrañas. ó tiene que desprenderse de él. Y si un dia se arrepiente, si se propone entrar por la buena senda, todos los talleres le cierran sus puertas y como al judío de la leyenda, todos le dicen: "*Anda... anda* no que remos calmar tu sed; no te detengas en nuestro hogar; llevas sobre tí la marca de tu infamia y de tu degradación." Algunas asociaciones religiosas les tienden sus brazos, pero para ellas esto no es más que un cambio de martirio: las *buenas madres* las obligan á trabajar de un modo brutal, echándoles en cara sus pasados extravíos con la malicia más refinada y la sátira más cruel. Diríase que para ellas escribió el Dante aquellas terribles palabras: "Renunciad á toda esperanza." No; ninguna esperanza les queda. ¿Que están enfermas y van á parar al hospital? Allí no pueden recibir visitas de deudos ni de amigos: todos los enfermos tienen el consuelo de ver á lo menos dos veces por semana á las personas queridas, todos menos ellas; y en cuanto pueda dejar el lecho algunas horas, las hermanas de la Caridad las obligan á que ejecuten los trabajos más groseros: ¡hé ahí su convalecencia!

Sigamos andando... ¿ves? otra casa de lenocinio y otra miserable á la puerta pidiéndole al vicio una limosna. Considera bien todo lo horrible de la existencia de esas mujeres ¡La mujer! el sér que ha nacido poseído del más dulce sentimiento, el de la maternidad; que desde niña ensaya su papel de madre meciendo y arrullando á su muñeca, vistiéndola, desnudándola, arreglándole su casita, preparándole los utensilios de cocina, haciéndole su comidita, viéndose en todas sus tendencias y aspiraciones el arreglo del hogar doméstico y el sacerdocio de la madre... La prostituta es la negación de todo esto, la contradicción viviente de la naturaleza

femenil: en ella nada queda de la mujer sino un organismo de barro, más ó menos bello, más ó menos grosero en forma, de su mente podría decirse que es un desierto de ideas, si no dominara en ella un deseo, mejor dicho, un instinto, el de la explotación, el del engaño: ¿quieres mayor infortunio? Nacer para ser ángel, primero, y santa después, con esa santidad sublime de la maternidad, y convertirse en el ser más adyecto y degradado, sin voluntad, sin libertad, hasta el punto que, cuando alguna de esas desgraciadas rompe violentamente su cadena, la autoridad civil la obliga á volver á su cautiverio, entregándola á su dueña, que recoge ansiosa á la esclava rebelde que huyendo de su tiranía se arrojó por un balcón á la calle; ¿quieres mayor desventura?...

—No quiero ver más; me doy por convencida;—dijo Clara, temblando convulsivamente.—¡Jesús qué horror!... Mi marido me había hablado alguna vez de esas infelices, pero sus palabras no me habían causado nunca la impresión dolorosísima que me producen las tuyas. En comparación de esas desventuradas, tienes razón, yo soy dichosa!... Mi alma sedienta de cariño encontró su alma gemela; cuando el sacerdote bendijo nuestra unión me encerré con mi amor en un nido muy pobre, es verdad, pero donde nunca llegó una mirada maliciosa que pudiera profanar nuestra dicha. Al morir mi esposo, su único ruego fué que no les diera padrastro á sus hijos; ruego inútil, porque para mí ya no había hombres en el mundo. Carezco de todo, es muy cierto, pero tengo el derecho sagrado de no separarme de mis hijos: abrazada á ellos me entrego al sueño, y me despiertan sus caricias; cuando están enfermos, me constituyo en su enfermera, y la caridad entra en mi choza y me deja lo más indispensable, para alimentarlos. Cuando todo me falte, cuando la desesperación murmure en mis oídos palabras de muerte, vendré con el pensamiento á esta calle y contemplaré á las esclavas que esta noche me has hecho conocer. Para mí ya está resuelto el gran problema: no mirar nunca hácia arriba, donde vería matrimonios felices rodeados de numerosa prole nadando en la abundancia; miraré hacia bajo, donde encontraré la degradación del vicio, que es la peor de todas las miserias.

Acompañé á Clara hasta dejarla en su casa y nunca ví su rostro más satisfecho que cuando sus hijos se disputaron sus caricias: todos querían ser los primeros en darle un abrazo y decirle que ya estaban admitidos en una escuela, donde, además de enseñarles las primeras letras, les darían la comida del medio día.

Clara se dejó acariciar de sus hijos y me miró de un modo harto significativo. ¡Cuánto, cuánto me dijo su mirada!...

Muchísimos seres que se creen los más desgraciados del Universo, se consolarían si supieran resolver *el gran problema* de saber mirar.

¡Hay tantos lugares de expiación! las mancebías, los presidios, los hospitales, los asilos de beneficencia, los tugurios de los mendigos, etc., etc., que, bien mirado, nadie puede decir en absoluto “no hay dolor que iguale á mi dolor.”

AMALIA DOMINGO SOLER.

A LOS ATEOS.

Siempre desengaños, siempre amarga tristeza en el corazón del ser que aspira al infinito. ¿En dónde hallar la felicidad? ¿Se encuentra en este planeta? Goza á su manera el idiota, goza el ignorante creyéndose sábio, goza el malvado al ejecutar

una flor ya marchita y deshojada!....
¿Qué me une á tí? tu imágen la recuerdo.
siento á la vez admiración y lástima,
cuando evoco tu imágen y te veo
entre preciosas flores reclinada.
¡Entre flores colocan á los muertos!....
(muerta eres tú tambien por tu desgracia.)
En la florida tumba de tu oprobio
con arte inimitable colocada
te ve mi pensamiento y te pregunto,
¿dime infeliz, qué has hecho de tu alma?
Al formular mi mente esta pregunta,
lijera nube cual la nieve blanca
tiñe de oro y azul el arco iris
y arroja sobre tí lluvia de lágrimas;
las flores que te cercan, se conmueven,
agitan sus corolas perfumadas,
y de ellas veo surgir pálida sombra
envuelta en negras y flotantes gasas;
su diestra apoya en tu nevada frente,
eleva á Dios dulcísima plegaria,
y me dice despues con triste acento:
„¿Por qué le has preguntado por su alma?
„Si hundido en el oprobio está su cuerpo,
„y su lepra se oculta trás las galas
„su espíritu quemó sin duda alguna
„en la voráz, en la terrible llama
„de la concupiscencia, allí quedaron
„hechas cenizas sus hermosas alas,
„y unido al cuerpo está su pobre espíritu
„sumergido en el lodo de su infamia.
„Los que soñais con épocas mejores,
„los que odiais el poder de la ignorancia,
„los que quereis que la mujer sea un ángel,
„cifrad vuestro desvelo en educarla.
„No celebreis su espléndida hermosura
„cuando se adorne con fastuosas galas.
„Decidla que sin duda es más hermosa
„cuando desde el palacio á la cabaña
„desciende humilde, y acaricia al huérfano,
„y presta aliento á la aterida anciana.
„Decidla que es preciosa, cuando vela
„á la mujer enferma abandonada
„en lóbrega mansión, do la miseria
„tiende sus grandes, sus potentes garras,
„Que es hechicera, si recorre ansiosa
„del hospital las tenebrosas salas,
„donde los infelices asilados
„ayes horribles en su angustia exhalan

„y á ellos se acerca pronunciando frases
 „que divino cordial son para el alma,
 „Decidla que es hermosa, cuando llega
 „á la prisión dó el criminal su falta
 „pagando vive, sin tener de nadie
 „ese calor que alivia nuestras ansias
 „y ella le habla de Dios y de otra vida
 „despertando en su mente la esperanza.
 „Decidla que es más bella cuando vive
 „cual vivir debe la mujer honrada,
 „y escondida en su hogar á su familia
 „todo su amor y juventud consagra.
 „Y á esta infeliz que con su pobre lujo
 „atrajo tu atención y tus miradas,
 „no le preguntes nunca cual ha sido
 „la triste causa que la hundió en la infamia.
 „Su historia es la de todas las mujeres
 „que ignoran el por qué tienen un alma,
 „y como mariposas aturdidas
 „mueren del vicio en la rojiza llama.
 „Miran su cuerpo y les parece bello
 „cuando con ricas telas lo engalanan,
 „cuando piedras preciosas las deslumbran:
 „son piedras sin valor, cuerpos sin alma,
 „y son cosas que ruedan por el mundo:
 „flores ¡ay! que perdieron su fragancia.”

III.

La sombra enmudeció, sobre las flores
 tendió su manto de flotantes gasas,
 y negra nube con pavor contemplo;
 después te veo entre flores reclinada,
 escondes tu cabeza entre las manos,
 te miro con afan... y no veo nada;
 más no importa, grabada en mi memoria
 tu imágen ha quedado, y de tu alma
 persisto siempre en conocer sus hechos,
 me inspiras compasion, profunda lástima.
 ¡Eres tan bella!... que en el mar del vicio
 siempre naufragarás por tu desgracia.
 ¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
 su cuerpo viste con preciosas galas,
 en tanto que entre harapos repugnantes
 esconde las fealdades de su alma.
 ¡Pobre mujer! entre aromadas flores
 te contemplé una tarde reclinada;
 y sin saber por qué, mi pensamiento
 compasivo recuerdo te consagra

AMALIA DOMINGO SOLER